

LUCHO...

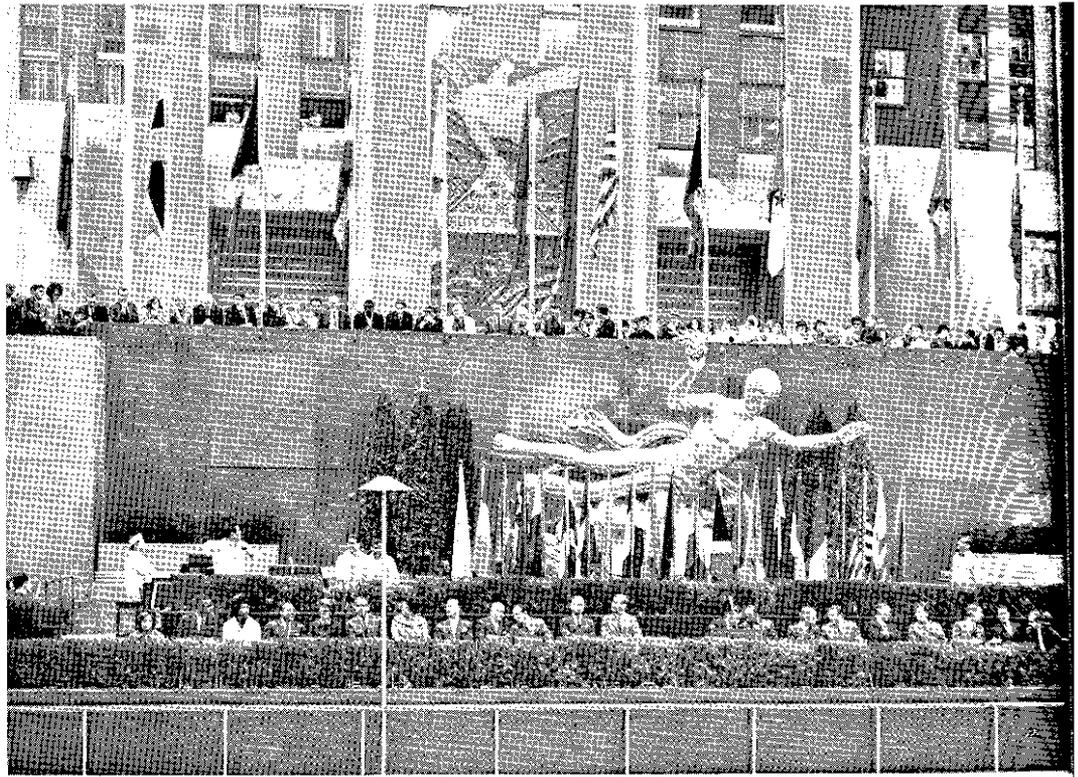
nar y él mismo me estuvo ayudando; con sus explicaciones y con mi dominio del piano, no me fue difícil aprender y al cabo de algunas semanas lo manejaba perfectamente. Permanecí muchos años en el Cecilia y me apasioné en tal forma con el órgano que casi olvidé el piano; en realidad considero que el órgano tiene más recursos de expresión.

El órgano y el Teatro Cecilia señalaron otra etapa en la vida de artista de Lucho y cimentaron su popularidad y su éxito. Por aquella época efectuó su primera invasión como artista a EE.UU, y en Nueva York grabó su primer disco un 78 revoluciones para la Brunswick; de un lado tenía "De Allá Onde Uno", de Ricardito Fábrega, de cuya música es un gran admirador y del otro el danzón "Berta Alicia", del maestro Pedro Biava. A propósito de este disco, en estos precisos días Ricardito Fábrega le hizo el obsequio de un ejemplar que él atesoraba, "De Allá Onde Uno" lo dedicó Ricardito a Nacho Valdés; hicimos memoria del compañero desaparecido y recordamos que el "Periodista del Pueblo", Gavino Sierra Gutierrez y Lucho formaron un trío que siempre anduvo unido hasta que la vida los aventó por diferentes caminos. Lucho recuerda que el saludo que tenían para llamarse era un aire de la canción italiana "Torna Pichina Mía", que a Lucho le encanta y que la aprendió oyéndola cantar a Tito Schipa en una película. A propósito de esa canción Lucho nos cuenta una anécdota: tocaba en una boda de Cristo Rey y como con frecuencia hacía, se le ocurrió intercalar entre las melodías acostumbradas lo que de momento le venía a la mente y atacó los primeros compases de Torna Pichina; pero como la ceremonia se prolongaba más de lo usual, continuó la música hasta terminar la pieza. Al bajar del coro el sacerdote lo esperaba y él pensó que era para reprocharle que hubiese mezclado música profana a la ritual acostumbrada. Pero fue todo lo contrario; el sacerdote quería darle las gracias por haber ejecutado esa canción y estaba contentísimo, porque el autor de ella era natural de su pueblo italiano y hacía años no la oía...

El repiqueteo del teléfono interrumpe las confidencias; llaman a Lucho y recordando que está de viaje me despido cuando vuelve a la mesa. -son las nueve, le digo; tienes el tiempo justo para coger tus maletas y salir corriendo para el aeropuerto.

-Olvídate, me dice; mi avión no sale hasta las seis de la tarde; te engañé para ver si desistías de la entrevista! concluyendo riendo a coro con doña Aida.

Por suerte para él, en las tazas no quedaba gota de café...



El famoso Rockefeller Center de Nueva York fue escenario de unos de sus ruidosos triunfos, que causó gran sensación y llevó enorme concurrencia.



Las presentaciones de Lucho en todas partes arrastran siempre grandes multitudes; esta es parte de la enorme concurrencia durante una de sus presentaciones en Honolulu, Hawaii; los asistentes lucen yelmos de Balboa, como propaganda a Panamá, otra patriótica característica de sus actuaciones en el extranjero.



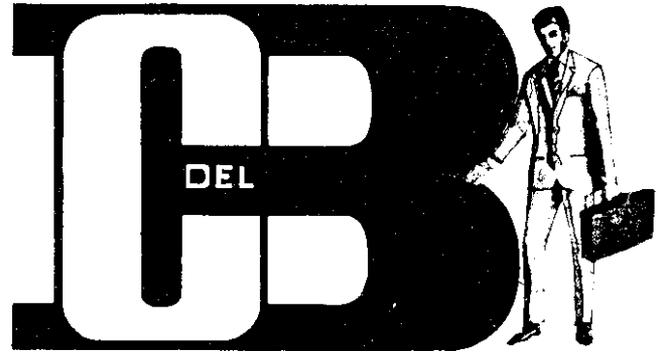
"White Label"

Scotch Whisky

-nunca varía

DISTRIBUYE

JULIO CANAVAGGIO, S. A.



el banco del comercio ofrece:

**PRESTAMOS
COMERCIALES
A PEQUEÑOS
NEGOCIOS**

Todo lo que tiene que hacer es abrir
su cuenta corriente

Pida informes en:



BANCO DEL COMERCIO

VIA ESPAÑA 126 • CALLE 26 CALIDONIA
AVE. B — Calle 13 SALSIPUEDES



WALT DISNEY WORLD

TODOS
LOS
DIAS
CON



Pan Am®

Teléfono 25-6500

EL DUENDE...

Curiosos los muchachos, ansiosos de saber qué buscaba aquel hombre, también nos acercamos al portal. Oímos al hombre indagar por uno de los que nos visitaban esa noche.

- Buenas noches.
- Buenas noches.
- ¿Está aquí el señor Antonino?
- Sí, aquí está.
- Soy yo. ¿Qué desea?
- Mire que vengo de Arraiján sin parar. Le manda a decir la comadre Emilia que vaya con la señora Beata de una vez, porque el duende se llevó al ahijao y los padrinos son los únicos que pueden salvarlo...

- ¡Cómo va a ser eso!
- Así es...
- No puese ser... Los duendes no existen...
- Yo no sé de eso.. Digo lo que me dijeron.
- ¿Cómo fue?
- Se lo contaré en el camino porque hay que ir de una vez. Mañana sera tarde. El Padre también está esperando para ir con ustedes...

Los muchachos temblábamos como una hoja al viento. No hay que decir que se acabó la reunión. Los visitantes se despidieron. Los mayores de nuestra casa se miraban totalmente desconcertados y hacían conjeturas sobre la verdad de lo que pudo haber pasado. Ninguno quería convenir en lo que el cholo había dicho, pero yo no podía dormir y mi mamá tuvo que aceptarme en su cama esa noche.

El señor Antonino y su esposa partieron con el hombre y no supimos de ellos hasta después de una semana cuando volvieron por nuestra casa. Mi madre les indagó sobre el resultado de su búsqueda. Yo me volví toda oídos. Antonino contaba: - Sí fuimos, doña María, y no hallamos nada. Se perdió el muchacho ya criado. Esa gente está como loca. Figúrese que estuvieron a punto de perder a los

dos hijos. Ese día llovió fuertemente en Arraiján. Los dos niños corrieron a bañarse con el aguacero y saltaban contentos frente a la misma casa. La madre cosía en su máquina y los oía cantar el "Que llueva" que llueva". De pronto notó que el canto había cesado y salió a ver. No los halló, pero no puso mucha atención en ello. Pensó que no estarían muy lejos y que pronto los oiría cantar de nuevo, pero no fue así. Al rato volvió a ver si los veía pero no encontrándolos se preocupó y empezó la búsqueda y la angustia. Alarmado el pueblo por la desesperación de la madre, la acompañó en su ansiosa tarea y lograron verlos por un sendero montañoso que iba selva adentro. La niña corría detrás del hermano gritándole que regresara, pero el niño que lloraba a gritos parecía sordo a los ruegos de la niña. Los vecinos lograron atrapar a la chica, pero no así al niño que desapareció en una revuelta entre los matorrales en el preciso segundo en que las gentes rodeaban a la pequeña, quien les contó que un niño rubio, desnudo y cholito se había estado bañando con ellos y que después de un rato los había invitado a ir a su casa y que ellos lo siguieron; pero cuando se metió en el monte les dió miedo y quisieron regresar, pero el niño cogió al hermano y lo empujó monte adentro y lo arrastró. El chico no podía zafarse y por eso ella corría detrás de ellos para ver si lograba quitarle al hermanito pero no podía alcanzarlo pues corrían mucho. Figúrese Ud... Todo parece cuento. Hasta dónde será cierto, no sé; pero la verdad es que el niño no está. Está perdido...
—Y ustedes ¿qué hicieron?

—Pues fuimos con el sacerdote y mucha gente por el camino que señaló la niña hasta el lugar en donde los vecinos lo perdieron de vista. Había allí dos senderos que se bifurcaban y me pareció que debíamos ir por el de la derecha. Mi mujer dijo que quizás era mejor ir por la izquierda pero todos me siguieron a mí. No hallamos ni rastro. Cansados desandamos el sendero y caminamos un poco

a la izquierda. Tampoco vimos nada. Desalentados regresamos porque los lamentos de la pobre madre nos acompañaron durante todo el camino. Al amanecer, nos vinimos no sin antes oír a la comadre decir que había soñado que el hijo le había dicho: "Mamá, si hubieran tomado por el camino que quería coger mi madrina Beata, me hubieran hallado; pero cogieron por otro lado. Cuando fueron por el camino mío, ya él me había llevado lejos de allí".

Hubiera usted visto su desesperación. Dice que lo oye llorar a cada rato y más de noche.

Mi madre callaba... No hacía comentario alguno. Si ella hubiera visto en mi interior se habría dado cuenta de mi espanto infantil y algo hubiera hecho para borrar eso que se agrandaba dentro de mí y que a pesar de mi dominio actual siempre me hiere.

¿Qué pasó con aquel niño? No lo sé y nunca supe nada más sobre este asunto. Si me gustaría saber cuál fue la verdad de todo aquello que siempre me ha llenado de confusión. Pero sigamos con nuestros personajes. Veamos la tercera forma en que ellos aparecen. Según algunas otras regiones de nuestro país el duende toma las formas de personas a quienes uno conoce y con quienes se mantiene relaciones de íntima amistad. Así una novia creará estar junto a su novio; una esposa creará que pasea con su marido; una amiga cree que conversa con el amigo y se va tranquila sin darse cuenta que el duende se la va llevando hacia su escondite.

Decididamente el duende tiene preferencias por las mujeres y los niños. No se conocen, al menos en nuestros archivos, persecuciones de duendes sobre varones. No hay en nuestra colección otras formas de duendes; nos gustaría recibir información sobre otras formas y sobre otras cualidades. Nos gustaría saber si alguna vez son alegres y serviciales como aparecen en leyendas nórdicas.

· TODO PARA LA ESCUELA — TODO PARA SU OFICINA

VENTAS AL POR MAYOR Y DETAL

Servicio Continental de Publicaciones, S. A.

TEL: 25 — 0614 — 25— 0615

CALLE 29 ESTE No. 5 — 57

APTO: 1379 ZONA 1

smoot y paredes

PANAMA-COLON



Distribuidores:

Chevrolet · Buick
Datsun · Nissan
Opel

Servicio de mantenimiento garantizado. Piezas de repuesto genuinas.

APLICACION TERAPEUTICA...

número de líderes es recomendable. En el caso de los pacientes absolutamente retraídos o muy pasivos, la proporción de un terapeuta para activar a dos pacientes a sus lados a veces da excelentes resultados. También para los fines de observación y evaluación individuales el número elevado de personal es necesario. A medida que los pacientes se familiaricen con el funcionamiento de las sesiones de Orff, el paso usualmente se hace más rápido, pueden introducirse versiones más complejas de lo familiar o ejercicios más difíciles. Los promovedores de este método recomiendan el mínimo de tres "juegos-ejercicios" en cada sesión, aun con los pacientes lo más inactivos o perturbados.

Un ejercicio que nunca falta es el de nombres que abre la sesión. Lo usaremos ahora para describir la acción y determinar ciertos principios del método Orff. La formación básica es el círculo. Los pacientes y los terapeutas con sus ayudantes se sientan en el suelo o sobre las sillas. El líder empieza a cantar la fórmula rítmica dando palmadas lo que todos deben hacer con él. Hay entonces una estimulación verbal y conceptual que anhela comprensión intelectual y provoca verbalización, y estimulación non-verbal que se presta a imitación visual y auditiva. El ritmo activa y mantiene la atención aun en los pacientes más pasivos..

Las fórmulas cantadas o recitadas no son algo fijo. De regla se preparan de antemano pero pueden modificarse y hasta improvisarse para ajustarlas a alguna condición que surge durante la sesión, si el terapeuta tiene tal habilidad y presencia de ánimo. Tienen que tener siempre un ritmo marcado; una rima, aun no muy artística en el sentido de buena poesía, las hace más fáciles de recordar. Para el ejercicio de nombres podría ser algo sencillo como: "Nombre, nombre — ¿cuál es su nombre?", ó "Amigo, hombre, díganos su nombre", lo

cual es una instrucción verbal muy clara y directa. Más tarde pueden elaborarse fórmulas más complejas que, tal vez, usaran una melodía familiar, se adaptaran a una época particular del año u ofrecieran alguna información secundaria aparte de la requerida acción. La fórmula sirve de estribillo ejecutado por el grupo entero y se alterna con el "solo" actuado por cada participante cuando le toca su turno. Eso se hace de tal manera que se pasa una pandereta alrededor del círculo y cada individuo la toca a su vez, diciendo su nombre con un ritmo y rapidez que sean completamente suyas. En el caso de los pacientes mudos, el hecho de tocar reemplaza la verbalización. El grupo con palmadas acepta esta ritmización y repite el nombre del "solista". Luego viene la fórmula y alternadamente el solo, etc.

No parece eso mucho, tal vez. Sin embargo, el paciente tiene que someterse a la disciplina del grupo y adaptarse a una situación social. De alguna manera tiene que comprender los requerimientos y las reglas del "juego". Tiene que esperar tranquilamente y actuar en su turno, iniciando la acción y terminándola. Tiene que aceptar el instrumento musical, manejarlo y pasarlo a su vecino. Aunque sea muy tímido, susurra o dice su nombre de manera muy pública, ya sea su primer nombre, el apellido o el nombre completo. Tiene que aprender la fórmula, si habla, y usar sus manos para las palmadas. Oye los nombres de las demás personas presentes y en algunos casos los aprende. Y lo más importante, se da cuenta de su propia identidad mientras que el grupo le da mucho apoyo y simpatía.

Eso es el punto cardinal: cualquier reacción positiva, por lo torpe que sea, se exagera para que el paciente la perciba como un éxito. No hay fracaso y los desperfectos se corrigen gradualmente, en las sesiones subsiguientes. Comportamiento abiertamente negativo se trata inmediatamente, de manera verbal o, si es necesario, mandando al

paciente para que se separe del círculo por algún tiempo. Agresión o acto destructivo no se tolera pero tampoco se castiga o censura, excepto por la separación que puede durar hasta que se calme el paciente y regrese al grupo, o se le da nueva oportunidad el otro día. Todo eso hay que verlo contra el fondo de la realidad clínica.

Aunque los pacientes estén agrupados, por ejemplo, de acuerdo con su edad mental y funcionamiento social, demuestran toda clase de problemas y síntomas individuales. Cada uno de los procedimientos del ejercicio de nombres, para quedarnos con el ejemplo descrito con detalles, representa diversos obstáculos en los niveles de deficiencia profunda, en los casos de manifestadas reacciones psicóticas o neuróticas que acompañan la oligofrenia, y en todos los pacientes con impedimentos físicos y neurológicos.

Los problemas tienen que tratarse individualmente, sin interrumpir el procedimiento colectivo. Así, por ejemplo, algunos pacientes hiperactivos se salen del círculo y regresan después de dar una vuelta a la pieza, lo cual se les tolera hasta cierto punto. Los que sufren de mucha apatía, la cual puede ser condición endógena, resultado de una larga institucionalización o consecuencia de la medicación, no participarán excepto si el terapeuta los guía individualmente en el momento que les toquen sus "solos", moviendo las manos de ellos sobre la pandereta y diciendo sus nombres. Eso incluso puede ser imposible con los muy espásticos y en tal caso, al principio el terapeuta tendrá que mover la pandereta contra sus manos o hasta contra sus codos o las rodillas, para darles la sensación de contacto físico a "su turno". Lo mismo hay que hacerlo a veces en los casos de negativismo, resistencia o extremo miedo e inhibición en la situación nueva. Simplemente, se hace todo para que nadie pierda su turno y se dé cuenta de lo que se le exige.

CORRUGADO PANAMA, S. A.

Ave. Balboa y Calle 19 Este Bis

Teléfono: 62-7533

Telex: Corruca 3480035

Apartado Postal 7529

Panamá 5, Rep. de Panamá

Fabricación de Cajas

de

Cartón Corrugado

Interesantes son las reacciones de los pacientes non-verbales, cualquiera que sea la causa de su mutismo. Puede suceder que con un dedo indiquen que son ellos, demuestran el borde de su camisa que en algunos hospitales lleva el nombre de ellos, produzcan algún sonido incoherente o sólo muevan la boca silenciosamente. Pero frecuentemente tocan la pandereta con mucho gusto y derivan un enorme placer al oír sus nombres dichos por el grupo. Algunos de ellos empiezan a verbalizar después de mucho tiempo y mucha exhortación. A tales pacientes non-verbales, el método de Orff les da una oportunidad de expresión y puede ser un medio de comunicación y el índice de la comprensión que tienen de sus alrededores.

Otros problemas que aparecen son las tentativas de algunos pacientes de llamar la atención sobre ellos mismos, intervenir en la acción de sus vecinos o de no querer esperar su turno. Pueden observarse también los bloqueos y dificultades de actuar sin demora, y por el otro lado la perseverante incapacidad de terminar un movimiento una vez iniciado. Los extremos de tiempo muy rápido y muy lento, igual que las diferencias de intensidad con que tocan son variantes individuales y a la vez sintomatológicas. De esta manera, el terapeuta llega a conocer a sus pacientes y luego trata de modificar lo que se presta a la modificación.

Hemos dicho que alguna versión del ejercicio de nombres siempre abre la sesión. Luego se procede con otros, dependiendo de las finalidades terapéuticas anheladas para el grupo particular y los pacientes individuales. Se procede sobre la premisa de que todos, con mucha paciencia, pueden aprender algo nuevo y que usualmente entienden más de lo que expresan espontáneamente. El efecto del grupo proviene de la motivación necesaria y el carácter de

juego hace los elementos de aprendizaje menos obvios. La repetición, tanto deseada por la mayoría de los deficientes mentales, les da el sentido de seguridad mientras que la tolerancia de expresión individual incluso provoca el elemento de competencia, si el paciente es capaz de ella.

Muchos ejercicios de Orff se hacen en la misma formación de círculo que deja el centro libre para cualquier actividad, en la cual participan todos a la vez o en la forma descrita en que el grupo sirve en parte de espectador del solista. El ejercicio puede ser, por ejemplo, de tipo musical, con dos instrumentos, ya sean tambores o algunos xilófonos o metalófonos. En este caso se invita sucesivamente a todos para que vengán a tocar con el terapeuta o por parejas entre ellos. En los deficientes mentales, la calidad musical permanece en el segundo plano, naturalmente. El mismo hecho de tomar la iniciativa y a veces ajustar su "música" a la de otra persona se considera éxito en vista de la acostumbrada paucidad de interrelaciones positivas entre los pacientes. Imitación de ritmos, el mantenimiento o modificaciones de tiempo y de intensidad requieren mucha concentración coordinada pero pueden inducirse en los deficientes de niveles medianos.

Ejercicios físicos son otro aspecto muy importante para el funcionamiento de muchos adultos de larga permanencia en una institución. Se hacen de manera similar, con los participantes sentados o parados. Una persona en el centro tiene que ejecutar un ejercicio y el grupo lo imita, o el terapeuta da las instrucciones para que se haga un ejercicio de manera colectiva. Entre los ejercicios propiamente dichos puede incluirse la identificación de diferentes partes del cuerpo o los movimientos necesarios para lo diario, como "lavarse la cara" o arreglarse el pelo, y cosas similares. La misma acción, tan simple, de dar las palmadas a veces requiere un aprendizaje

y mucha insistencia para extenderla más allá de unos pocos instantes.

Con grupos de mejor funcionamiento y los más verbales se introducen los números, días de la semana, colores, nombres de los meses y hasta la expresión libre de emociones. Se cambia el orden de los "solos" para mantenerlos a todos en suspenso, se alternan las actividades de sesión a sesión para evitar la monotonía y aumentar la necesidad de escuchar las instrucciones con toda atención. Incluso se les da la oportunidad de ser líderes a los pacientes más aptos, como reconocimiento de su cooperación y para forzarlos a aceptar la responsabilidad y usar la iniciativa. En realidad, la adaptabilidad del método Orff no tiene límites. Y como su fin ideal es el pleno desarrollo de la creatividad y fantasía, no llega a hacerse el método mecánico ni con los deficientes mentales.

Según la experiencia, los niños y adolescentes jóvenes entran en el juego gustosamente. Los adultos de cocientes bajos gozan de estos ejercicios y usualmente reaccionan positivamente. El grupo problemático son los jóvenes y los mayores con deficiencia leve ya que a veces resienten el elemento de juego. Eso frecuentemente no es más que una excusa para no perder la cara y revelar sus deficiencias en lo bien elemental. Si se los trata con mucho tacto y se escogen los ejercicios con cuidado para hacerlos más "adultos", también ellos aceptan el método de Orff. Exactamente los pacientes muy solitarios y rígidos quienes tienen un repertorio de actividades demasiado restringido, se benefician mucho en la atmósfera de buen humor, aprobación y libre socialización ofrecidas por estas sesiones. Más, naturalmente, el método de Orff es sólo una de las herramientas usadas en la rehabilitación y terapia modernas aplicadas en el esfuerzo de lograr el máximo funcionamiento potencial de los deficientes mentales hospitalizados.

Desarrollo Industrial, S. A.

OFICINAS:

Edificio Peña Prieta
Avenida Balboa y calle 40

APARTADO
POSTAL:
7201

DIRECCION
CABLEGRAFICA: DISA
PANAMA 5, R. DE P.

TELEFONOS:
25-3539
35-0582

*"Donde el mérito del proyecto
es más
importante que la garantía".*

JOHN FLATAU...

torres y grandes campanarios, la Iglesia de San José con su churrigüesco altar de oro, salvado del pillaje de Morgan por los Padres Agustinos, cuando este pirata y sus hordas consumaron su destrucción en 1671.

Del diario acontecer panameño, captó FLATAU, los sorteos dominicales de la Lotería Nacional de Beneficencia, el hormigueo humano por la Bajada de Salsipuedes y sus tiendas de buhoneros, las suntuosas paradas de las efemérides patrias y los desfiles de Carnaval con carros alegóricos y lindas empolleradas, que han hecho derroche de entusiasmo y lujosa policromía por nuestras calles.

La historia del Canal de Panamá está completa, vistas de esclusas, lagos, represas, grandes vapores arrastrados por mulas, embarcaciones que se deslizan mansamente por la vía interoceánica, maravilla de los mundos, y hasta desfiles militares de nuestros "Buenos Vecinos", presenciados alguna vez por el presidente de la república, Dr. Harmodio Arias Madrid, allá por la década del treinta.

En cuanto a monumentos históricos, podríamos decir que no falta nada: ruinas de Panamá la Vieja en todos sus contornos, el Puente del Rey, la Piedra del Sacrificio, el Arco Chato de Santo Domingo, Las Bóvedas de Chiriquí, una fortificación imponente del tiempo colonial, construida para proteger la nueva Ciudad de Panamá. Los múltiples castillos que la Corona de España construyó para proteger la ruta del oro que atravesaba el Istmo: la Aduana de Portobelo, depósito del tributo para el rey, procedente del Perú, y sede comercial de los mercaderes del mundo durante sus famosas Ferias; el Castillo de Santiago de la Gloria también en el mismo sitio y con sus cañones del siglo XVII; el de San Lorenzo en la boca del río Chagres; el de San Jerónimo y otras fortalezas que cantan las glorias de un fabuloso ayer.

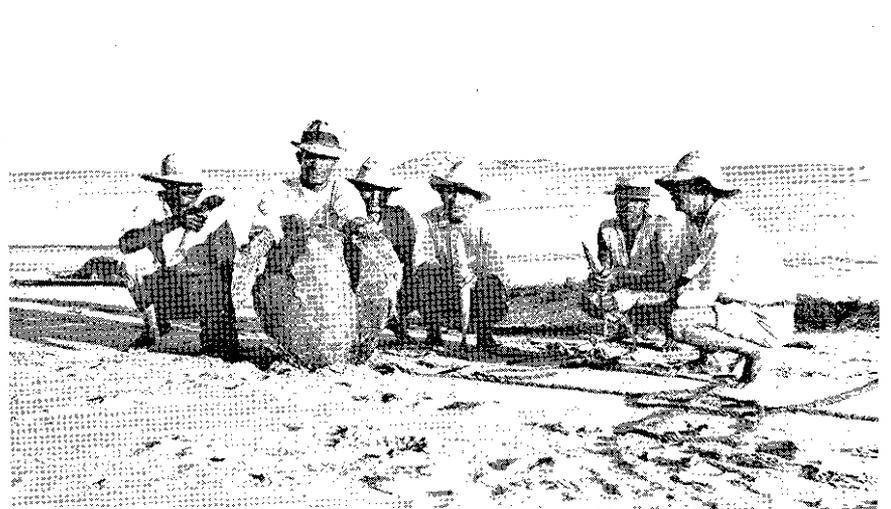
Sería largo enumerar cada aspecto de su arte, el cual ejerció con espíritu creativo más que por deseos de lucro personal, pues el análisis de su fotografía manifiesta un hondo sentido patriótico, un deseo constante de mostrar lo bello y lo positivo de Panamá, darla a conocer en su personalidad más noble, desechando los detalles que pudieran afean o llevar una imagen equivocada de nuestro suelo.

Así, sus postales turísticas y sus tarjetas de Navidad a colores acentúan las pinceladas del paisaje tropical, con brillantez y naturalidad, exalta lo grandioso de una civilización pasada, que es lógica continuidad histórica de un

"...las orgías sanguinolentas de los atardeceres..."



"...a lo largo de la Carretera Interamericana, desde las soleadas playas de Santa Clara y la Venta con sus pescaderías del Farallón..."



"...las encantadoras Islas y playas de San Blas..."



JOHN FLATAU...

presente, que se manifiesta en maravillosas proyecciones para el futuro.

Para corroborar su intención, copiamos el reverso de una tarjeta postal que muestra la configuración topográfica del Istmo de Panamá.

PANAMA LA TIERRA DIVIDIDA EL MUNDO UNIDO

Tierra de encantos y extraños contrastes.
Tierra de placer y de descanso.

Un paraíso tropical.

Ruinas de antiguas civilizaciones.

Primitivas aldeas aún no tocadas por la civilización.

Con sus indios de atavíos multicolores.

Bellas muchachas que lucen el típico traje nacional, "La Pollera".

Alegres y tradicionales festivales.

Tiendas y bazares repletos de preciosidades.

Modernos y elegantes edificios, junto a la maravilla del Canal de Panamá, fascinan y retienen el interés del visitante".



"...la sencilla elegancia del vestuario ocuëño..."

CURRICULUM VITAE

John Fred Flatau, nació en 1899 en Alemania.

Estudios Primarios y Secundarios: los realizó en Posen, Alemania.

Estudios Universitarios: En la Universidad de la Ciudad Libre de Danzig, donde obtuvo los conocimientos de ingeniero químico.

Comenzó a trabajar como químico industrial en ingenios de azúcar, en Alemania y en el último lustro de la década del 20, trabajó en Azucareras de California y Guatemala.

Llegó a Panamá en 1930 e hizo sus comienzos fotográficos en el Y.M.C.A. de la Zona del Canal, mientras tanto montaba su estudio FLATAU que vendió en 1970, laborando en él durante cuarenta años de su vida.

Recibió su carta de naturaleza como ciudadano panameño en 1940. Seguidamente fue contratado para fotografiar la Primera Feria Regional de la provincia de Chiriquí en 1941.

Las estadísticas que registran su trabajo son las siguientes: Fotografías en blanco y negro para tarjetas, revistas, periódicos, libros, folletos, carteles, etc. más de 20.000 enfoques.

Producción y venta para beneficio del turismo nacional, 15.000.000 (quince millones) de fotografías en blanco y negro, confeccionadas en forma de tarjetas postales y de Navidad y ampliaciones con vistas nacionales.

(siga a la página 52)



"...hasta el bohío típico de la campiña interiorana..."



LIDIA G. SOGANDARES...

decirme con voz muy suave; "Señora de Calvo, vengo a pedirle un favor: que sea usted mi Madrina de Confirmación".

Cuán agradable sorpresa como inesperada solicitud fue para mí escuchar éstas frases dichas con marcada sencillez y sinceridad por joven talentosa, cuyas ejecutorias y dedicación al estudio conocía y admiraba. Emocionada y complacida accedí a sus deseos. El siguiente domingo, Su Señoría Ilustrísima, Monseñor Guillermo Rojas Arrieta, Arzobispo de Panamá, nos recibía en la Catedral Metropolitana, escenario de este acto que dió cumplimiento a un sacramento religioso y a los deseos de Lidia. Desde ese momento, Lidia me distinguió siempre llamándome "Madrinita". Esa misma tarde, le pedí que regresara a mi despacho para conversar sobre un proyecto que podría interesarle.

Al efecto, mi interés por la salud del estudiante y el vigor físico de la juventud me ocupaba en la elaboración de un proyecto para colegios oficiales secundarios, "el Servicio Médico Escolar"; de realizarse, llevaría, a cada colegio, al iniciarse el año escolar, un grupo de médicos que someterían a cada estudiante a un examen físico, para comprobar su estado de salud.

Al llegar Lidia conversamos extensamente sobre el posible "Servicio Médico Escolar" y, además, le entregué para su lectura, la documentación sobre la beca del "College of Saint Teresa" en Winona. Al terminar su lectura le dije: Lidia, creo que tú eres la mejor candidata para hacer uso de esta excelente oportunidad. Podrás continuar tus estudios de ciencias que tanto te interesan para llegar después, como sé que aspiras, a los de medicina; este es el principio. Hoy mismo contestaré la comunicación del director de la Unión Panamericana en este sentido, y se lo informaré al ministro de Educación quien igualmente apoyará este merecido tributo a tus esfuerzos de estudiante de honor.

Doblemente sorprendida, emocionada, y con voz entrecortada me agradeció y se despidió prometiéndome discutir inmediatamente con sus padres el significativo ofrecimiento. Ellos recibieron la noticia con viva complacencia y colaboraron para hacer

posible el pronto traslado de Lidia más allá de los linderos patrios. Sabían que su fuerza de voluntad y la superioridad de sus facultades mentales la verían salir airosa de esta prueba para continuar lo que sus padres anhelaban también: la realización de sus estudios en la ciencia médica. De allí, la pronta decisión, el apoyo moral y el estímulo que le dieron para que aceptara esta halagadora oferta.

Poco tiempo después salía Lidia para el "College of Saint Teresa" en Minnesota, que tiene por patrona a Santa Teresa de Avila, única santa doctora de la Iglesia, cuyos copiosos escritos constituyen el compendio de doctrina mística de mayor alcance intelectual que posee la Iglesia Católica. Influencia decisiva en la formación de la recia personalidad de Lidia G. Sogandares probaron ser sus experiencias y actividades bajo la dirección de las religiosas franciscanas.

En su primera carta escrita desde el Colegio me contaba cómo la Reverenda Madre Superiora Aloysius Molloy, mujer de excepcionales méritos, insigne por sus virtudes y habilidad de Regente, la recibió con amor maternal y la encaminaba en ese nuevo mundo para Lidia en que debía ampliar sus conocimientos en un idioma y medio antes desconocidos para ella. Sus años en esa institución fueron, sin duda, la afirmación de todas sus esperanzas. El ambiente de cultura que en todo momento la rodeó; la alta calidad de las enseñanzas recibidas y la diversidad de actividades extracurriculares en que participó, nutrieron su inteligencia con valiosos y variados conocimientos que fortalecieron su espíritu, disciplinaron su mente y moldearon esa personalidad tan suya de la que fluía bondad, serenidad, benevolencia, seguridad en sí misma, energía, amor a la verdad y al bien, y profundo sentido humanitario.

Sus libros, el laboratorio, la biblioteca, su escritorio de alumna ejemplar y sobresaliente fueron sus compañeros inseparables. Y cuando en 1930 recibió su grado de bachiller en Artes, había dado ya paso positivo para ingresar a la Escuela de Medicina de la Universidad de Arkansas, en Little Rock, en donde el campo de la ciencia se abrió ante ella como sol radiante. Dos años más tarde, le otorgaba esa prestigiosa Universidad el título de bachiller en Ciencias

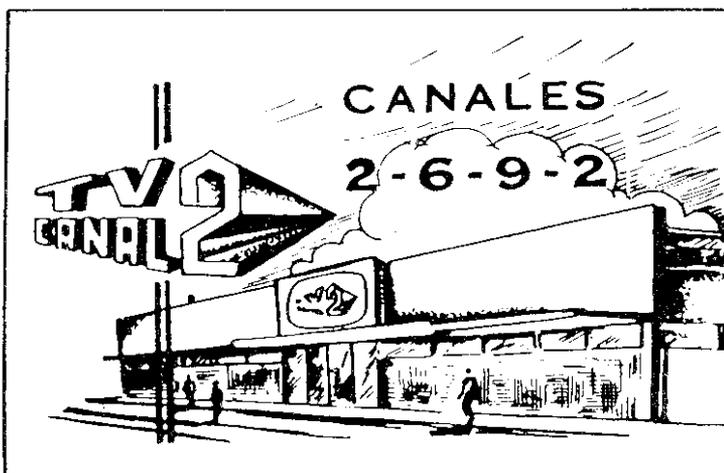
Médicas y, en 1934, terminaba brillantemente su jornada académica, recibiendo el anhelado grado de doctora en Medicina y Cirugía, al prestar en solemne ceremonia el Juramento de Hipócrates.

No es difícil imaginar la emoción inmensa que debió sentir Lidia cuando se inició la lectura de ese comprometedor juramento que regiría su vida futura. Poseedora al fin de título tan codiciado, con justificado regocijo pensaba en el retorno a su hogar y a su patria, donde prestaría luego eminentes servicios profesionales como mujer pionera en la ciencia médica.

Durante esos ocho años, ya Lidia dió pruebas de inagotable energía, de su laboriosidad y anhelo constante de superación y perfeccionamiento. Sus meses de vacaciones en Panamá fueron siempre ocasión propicia para ofrecer servicios voluntarios y ampliar conocimientos. Dispuesta a la lucha diaria, decidida y eficiente, ocupaba ese tiempo en actividades afines a sus estudios y preferencias, más que al recreo y al descanso. Ofrecía servicios voluntarios en la Cruz Roja. La señorita Enriqueta Morales, su primera Secretaria General, quien sirvió con esmero y celo extraordinarios durante largos años a esa institución, la recibía complacida por la labor eficaz que Lidia prestaba generosamente. Asimismo, asistía al Hospital Panamá, regentado entonces por el eminente cirujano Dr. Alfred B. Herrick, deseosa de adquirir diarias y provechosas experiencias en su sala de cirugía.

El Hospital Santo Tomás, centro médico oficial al que más tarde Lidia le dedicara con ejemplar devoción la mejor parte de su vida profesional, fue también testigo durante este período, de su consagración como voluntaria. Y, finalmente, el Laboratorio Conmemorativo Gorgas, dirigido en aquellos días por el distinguido científico Dr. Herbert C. Clark, le ofreció valiosas experiencias en el campo de las investigaciones biomédicas. Joven talentosa y de simpatía cautivadora, Lidia imprimía en las instituciones donde servía sello indeleble de profesionalismo y de estimación personal.

Pero la ardua jornada de su formación médica no había terminado. Debía hacer su internado y residencia obligatorios en un centro de reconocido prestigio. Lidia entró



TELEVISORA NACIONAL, S. A.

PRESENTA MAS

Y

MEJORES PROGRAMAS

al "Women's Hospital" en Filadelfia, donde sólo ejercen médicos y cirujanos en diversidad de especialidades. Allí se especializó en Obstetricia y Ginecología. Fue el Dr. Herbert C. Clark, anteriormente citado, quien conocedor de su formación científica y demostrada competencia, la encaminó hacia ese centro de elevada calidad profesional. Tan extraordinaria acogida de compañerismo y solidaridad se le ofreció allí que muy pronto Lidia mereció la distinción de ser escogida como primera asistente en la sala de cirugía.

Terminados allí sus dos años de adiestramiento regresaría al fin a la patria amada y a su hogar con laureles bien ganados, difíciles de apreciar por la habitual sencillez con que ofrecía ya sus servicios profesionales.

La llegada de Lidia G. Sogandares, M.D. a Panamá en 1936, fue motivo de beneplácito nacional; constituyó un acontecimiento extraordinario en el país recibir a su primera mujer doctorada en medicina y también la primera en Centro América! Triunfaban los anhelos de una probada y tenaz pionera, orgullo de sus padres, hermanos y familiares, y triunfaban también las aspiraciones de quienes creíamos en la capacidad intelectual de la mujer, en su derecho a servir al lado del hombre en la comunidad, aunque el medio no fuera todavía campo fértil para reconocerle siempre la potencialidad de sus méritos auténticos. Por eso, el título logrado por la Dra. Sogandares no sólo constituyó poderoso estímulo y satisfacción para las mujeres de su patria, sino también fue el despertar de una nueva conciencia profesional en ellas.

Este hecho, que representó un magnífico ejemplo de superación de la mujer panameña, lo reconoció la ciudadanía al llamarla sencilla y cariñosamente "La Doctora". Un grupo distinguido de mujeres panameñas han recibido desde entonces ese título académico en la ciencia médica; pero en la mente y en los corazones de sus colegas y conciudadanos Lidia G. Sogandares ocupa un sitio porque fue la primera en romper la tradición y porque desde el comienzo ejerció la medicina con distinción profesional. El distintivo de "La Doctora", utilizado siempre para referirse a ella, era un constante reconocimiento a su saber y homenaje de admiración a su persona.

Siento aun la honda emoción que me produjo al recordar su primera visita, cuando tuve ante mí a la primera joven panameña graduada de doctora en medicina! Sencilla y suave, sin arrogancia, amablemente me relató sus experiencias e impresiones de su jornada de 10 años en los Estados Unidos de América.

Se terminaba el año escolar en las escuelas panameñas. Yo dirigía la entonces Escuela Normal de Institutoras y durante su visita le informé que el Servicio Médico Escolar que discutimos años atrás, ya había sido establecido con éxito en la Normal; que había logrado instalar además, para beneficio de las estudiantes, una Enfermería bien equipada, supervisada por el Dr. Luis A. Prieto y por enfermeras graduadas. Su visita fue también feliz oportunidad para comunicarle que, en consulta con el Dr. Prieto, quien deseaba alejarse de sus labores docentes, le ofrecía el cargo de médica de la Escuela Normal y profesora del curso de Higiene.

Al siguiente año escolar, la Dra. Sogandares se integró al profesorado y fue nombrada médica de la Escuela Normal de Institutoras. Era la primera mujer que ocupaba ese cargo en un colegio de mujeres en Panamá. La institución la recibió jubilosa y muchas fueron las voces de aprobación que se oyeron de madres cuyas hijas recibirían, desde ese momento, atención profesional de una médica y cirujana mujer. No olvido la presentación que hice de ella ante el profesorado y el alumnado reunidos en el Aula Máxima del Plantel. La revista "Nueva Luz", publicación mensual del colegio, dió cuenta de ese acto significativo en página de honor, ilustrada con el retrato de Lidia en su toga de doctora.

Trasladada la Escuela Normal de Institutoras a Santiago de Veraguas, me correspondió dirigir el recién fundado Liceo de Señoritas en la ciudad capital y la Dra. Sogandares continuó en la nueva institución su labor profesional y docente.

La excelencia de su trabajo la llevó a ocupar altos cargos en su especialidad. Sus colegas veían en ella ejemplo de abnegación, competencia, fortaleza física y moral y honda compasión por el desvalido y el necesitado. Inició sus servicios en el Hospi-

tal Santo Tomás como Médica Interna, y progresivamente desempeñó los cargos de Residente, subjefe y luego jefe de la Sección de Maternidad del Departamento de Obstetricia y Ginecología, cargo que ocupó hasta el momento de su jubilación en 1969. Fue profesora asistente de la Cátedra de Obstetricia y Ginecología de la Escuela de Medicina en la Universidad de Panamá y también profesora y miembro de la Junta Directiva de la Escuela Nacional de Enfermeras. Sus colegas recordarán su destacada y activa participación en asociaciones profesionales, nacionales e internacionales, tales como la Asociación Médica Nacional de Panamá, la Academia Panameña de Medicina y Cirugía y la Sociedad Panameña de Obstetricia y Ginecología de las cuales fue presidenta, después de ocupar cargos en sus respectivas directivas; la Isthmian Medical Association of the Canal Zone, la

Women's Medical Association y la Alianza Panamericana de Mujeres Médicas. Con su acostumbrado entusiasmo trabajó en los programas de la Asociación Panameña para el Planeamiento de la Familia. Participó brillantemente en varios congresos, enalteciendo en cada uno el nombre de la república, y encontró tiempo para la preparación y publicación de diversos trabajos en el ramo de su especialidad.

La Dra. Lidia G. Sogandares hizo de su profesión un credo y de sus servicios un apostolado; con esa filosofía sirvió con igual abnegación tanto a la mujer necesitada como a la de fortuna. Su intensa y muy distinguida vida profesional la registró oportunamente la prensa nacional exaltando mercedadamente en 1959, el sentido homenaje que recibió de la ciudadanía como mujer pionera en el país en el campo de la medicina, al cumplir sus Bodas de Plata en el ejercicio activo de su profesión. En esa oportunidad, el Gobierno Nacional la distinguió con la condecoración de la Orden de Vasco Núñez de Balboa que le impuso la Primera Dama de la república, doña, Mercedes Galindo de de la Guardia.

Su Alma Mater, el "College of Saint Teresa", la honró un año más tarde, con la Medalla de Honor que sólo otorga a exalumnas sobresalientes.

(siga a la página 50)

Contra moscas, hormigas y otras sabandijas domésticas

BRAYDON
Cebo Matamoscas



VILA HERMANOS,
S. A.

TELEFONO: 64-0555

APARTADO POSTAL 72
PANAMA 9A, PANAMA

La Maternidad del Hospital Santo Tomás, institución oficial creada por Ley No.24 de 1904 presentada a la Primera Asamblea Nacional Constituyente por el convencional Dr. Ciro Urriola, fue su centro predilecto de trabajo. La Dra. Sogandares lució allí su sólida preparación, la fuerza de su intelecto y su ejemplar dedicación. Cumplió su deber en las Salas de Asistencia Social de esa Maternidad con amplio sentido humano.

En entrevista que concedió en 1949 a la revista "Epocas", publicación que dirigió el distinguido panameño, don Samuel Lewis A., señaló el desesperante y desgarrador cuadro que mostraba el problema de las entonces Salas de Caridad de La Maternidad del Hospital Santo Tomás. Enternecida, refiriéndose a las pacientes que allí atendía y que en su mayoría mostraban ser víctimas del problema de los hijos sin padres, dijo al periodista: "Para estas mujeres, la maternidad no es el más alto de los estados, sino un estigma que las coloca automáticamente en el arroyo. Ciertamente que la maternidad para ellas no tiene nada de placentero ni agradable; es sencillamente una tragedia".

Cuánto debió sufrir esta mujer de extremada sensibilidad ante tanto dolor humano y cuadros de miseria en los cuales nada valía el derecho de la mujer en su más alta misión: la de ser madre. Fue precisamente en este campo donde se duplicaron sus servicios con superioridad inigualable, integridad y amor.

Felizmente, Lidia supo alternar el dolor y arduo trabajo con la belleza que desde niña le ofreció la naturaleza en su más amplio esplendor. Su sentido artístico robusteció su alma delicada y su veneración a Dios mantuvo su espíritu siempre unido a la idea de la Creación.

En sus viajes de recreo o en cumplimiento de alguna misión oficial, encontraba tiempo para admirar la naturaleza, visitar museos, templos y monumentos históricos; los tesoros que guardan los siglos y pregonan el poderío de la civilización eran motivos de sus lecturas y conversaciones.

Lidia G. Sogandares, mujer extraordinaria, amante de la justicia y fervorosa creyente en los derechos humanos, no sintió afición por la política militante; jamás se mezcló en luchas de partidos políticos ni tuvo participación en organizaciones femeninas que trabajaban por el reconocimiento de los derechos de su sexo. Su misión fue otra: la de ser instrumento eficaz en la divina obra de la creación.

Su vida profesional representó un triunfo para la mujer panameña. Le señaló nuevos senderos antes desconocidos para ella; fue poderoso acicate, benéfico ejemplo de lo que puede lograr la determinación y perseverancia para llegar a una meta. La obra de la Dra. Sogandares fue hecha con característica humildad, integridad y amor al prójimo, dejando en la república huella imperecedera de positivas realizaciones, merecedoras del más justo reconocimiento.

En sus ratos de desaliento y decepción no conoció el rencor, la envidia ni el egoísmo. Su agitada y exitosa vida profesional fue reflejo de su maestría y abnegación.

Sus manos bendecidas por el Creador, tuvieron el privilegio casi diariamente de extraer del vientre de la futura madre el amado ser que guardadaba en sus entrañas. Terminado el alumbramiento, recibía el nuevo ser y agradecía a Dios el haberle permitido sacar la criatura de la sombra a la luz y oír su primer grito de alegría a la vida.

En su excelsa tarea, la Dra. Sogandares jamás hizo distinción de carácter social. Con igual interés y devoción, sin prejuicio alguno de raza, fortuna, apellido ni origen, para ella su misión fue la de servir la obra divina que debía cumplir y su emoción, al ver los resultados de su trabajo, producían siempre en ella la misma intensidad de dicha y de amor.

Prolijo sería enumerar las obras de asistencia social cumplidas por esa mujer de generosidad extrema y de preocupación constante por el bienestar del prójimo necesitado de ayuda.

Quien conoció personalmente a la Dra. Lidia G. Sogandares, quien recibió sus eminentes servicios profesionales, no podrá olvidar su semblante plácido, su mirada penetrante y esa franca sonrisa que invitaba a vivir. Culta, afable, suave y persuasiva, pulcra y sencilla en su vestir, tenía siempre la frase oportuna, cordial y cariñosa para todo aquel que a ella se acercaba. Los principios que guiaron su vida y determinaron sus objetivos la distinguieron como servidora íntegra de la humanidad doliente, genuinamente interesada por favorecer al necesitado.

Todo en ella fue serenidad, paz en su espíritu agobiado con frecuencia por el intenso trabajo diario de inmensa responsabilidad. Y, sin embargo, la alegría y la serenidad fueron fuerzas que motivaron su obra realizada con civismo inalterable y desinterés. Tuvo el privilegio de ser unánimemente querida, por llevar en el alma la bondad, por hacer el bien por el bien mismo y por practicar la verdad que es belleza; como el buen sembrador, no dejó surco fecundo sin semilla que produjera abundantes frutos. En la amistad fue siempre leal, generosa y de reconfortante sinceridad.

Para la Dra. Sogandares no hubo tregua ni descanso. En fructífera jornada de sacrificios y también de notables satisfacciones, cumplió lealmente con Dios, con su patria y, en su hogar, como hija y hermana ejemplares; en el campo de la ciencia médica cumplió su misión con fe inquebrantable.

Profundamente religiosa, pocos meses antes de su deceso, viajó a su Alma Mater, el "College of Saint Teresa" para participar en la celebración de los 40 años de su graduación de bachiller en Artes. De regreso para Panamá, hizo escala en Washington para visitarme y me deleitó, una vez más, con sus amenos relatos sobre experiencias y emociones vividas, y renovando gratos recuerdos de sus años estudiantiles en esa institución. "Madrinita" me dijo, "viví días de los más felices de mi vida: muy cerca a Dios."

Su extremada y discreta generosidad y su indiscutida integridad ejercían influencia saludable en el ambiente que servía. El Colegio de Nuestra Señora de Bethlem, regentado sus primeros años por una talentosa religiosa panameña egresada del Instituto Pedagógico de Wavre-Notre Dame en Bélgica, la Reverenda Madre Dolores (María Luisa Sosa), fue centro educativo de especial atención para la Dra. Sogandares. Ella contribuyó a su establecimiento y fue siempre una de sus más activas y diligentes benefactoras. Sus jardines se engalanan hoy con una reproducción de la Gruta de Nuestra Señora de Lourdes, cuya imagen fue quizás el último obsequio de la Dra. Sogandares; en merecido gesto simbólico lleva hoy una placa conmemorativa con su nombre.

Cuanto se ha dicho sobre la vida de la Dra. Lidia G. Sogandares prueba que sus años dedicados al ejercicio de su profesión fueron de una ejemplaridad y excelencia dignas de todo encomio. Luchó como forjadora de una obra que tuvo dimensiones más allá del suelo patrio. Diríase que se olvidaba de ella misma para entregarse por entero a su alta misión médica sin que ningún acontecimiento delibitara su vigor físico y moral para lograrlo. Así llegó a la cima de su fructífera existencia. Separada en 1969 de todo cargo oficial, aún en la plenitud de su vida profesional, continuó su obra desde su clínica privada.

El cumplimiento diario de sus deberes religiosos, muy cerca siempre a la Sagrada Eucaristía, era fuerza espiritual que guiaba sus pasos y la mantenía activa, llena de fe, magnanimidad para el prójimo y de compasión por el desvalido.

El domingo 21 de marzo de 1971, al despertar la aurora, cuando una lluvia de rayos dorados rompían las nubes grises de la noche para bañar la tierra de luz solar y las puertas de los Templos del Señor se abrían para recibir a los feligreses, mientras sus campanas vibraban con melodías sagradas, Lidia G. Sogandares, entró en la Tierra Prometida, iniciando una nueva vida con Cristo Redentor.

La nación estremecida lloró su inesperada y permanente partida de este mundo. En la Iglesia de Cristo Rey, recibió el tributo póstumo, espontáneo y sentido de la ciudadanía agradecida. Multitudes humanas llenaron las naves del Templo para participar en la imponente ceremonia religiosa presidida por las más altas autoridades del clero nacional, entre nubes de incienso, perfume embriagador de millares de flores y la perfecta armonía del Coro de Santa Cecilia, cuyas voces se elevaron en plegaria al cielo.

Lidia G. Sogandares, será siempre recordada como admirable ejemplo de servicio y superación. La mujer panameña ha perdido a uno de sus más auténticos valores y la patria a una ciudadana para quien mantendrá encendida una lámpara votiva, por considerarla una de las más ilustres panameñas de la era republicana.